

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 177.—La campaña de Napoleón en Italia, por el coronel, conde Yorck de Wartemburg; pag. 179 —Avance y fuego de la infantería en el combate (continuación), por E. Degiorgis, mayor general italiano, traducido por don Narciso Martínez y Aloy, capitán de Infantería; pág. 187.

Pliegos 23 y 24 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

ESTUDIOS SOBRE LA DIRECCIÓN DE TROPAS, por J. V. Verdy du Vernois, general de Infantería, traducidos del alemán por el marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor. Pliegos 8 y 9 del cuaderno primero.

CRONICA GENERAL

LOS REGLAMENTOS.—INÚTIL LABOR QUE REPRESENTAN.—REGLAMENTOS PROVISIONALES.—REGLAMENTOS RECÉTAS.—EL REGLAMENTO MÁS NECESARIO.—LAS BANDERAS DE LOS CUERPOS DE ARTILLERÍA É INGENIEROS, EN ITALIA.—DEMOSTRACIONES DE ELEVADO ESPÍRITU MILITAR Á QUE HA DADO LUGAR SU ENTREGA.—INFLUENCIA DE UN BUEN EJÉRCITO EN LA POLÍTICA INTERNACIONAL.

Entre las cosas dignas de estudio que ofrece el ejército mirado por dentro, los reglamentos ocupan sin duda un lugar muy importante. ¿Quién los ha escrito? Algunas víctimas del afán burocrático, mártires encadenados horas y más horas á la pluma y el tintero para fabricar un edificio que no ha de servir para nada. Este es, en efecto, el destino de muchos reglamentos: no servir para nada, ó, por lo menos, para nada útil. Nuestro *Reglamento para el servicio en campaña*, por ejemplo, data del año 1882; pero, á pesar de que ya le han podido salir los dientes, aún es un niño de teta, desconocido del público, que no le ha visto figurar en los servicios de campaña ni en los de paz (que deben servir de preparación para aquéllos). El *Reglamento provisional de tiro*, que tiene ya una antigüedad respetable, ha sido sustituido de un modo vergonzante, y sólo en parte, por otros reglamentos, sin que ahora ni antes se hayan utilizado ninguno de los preceptos de aquél. El Reglamento para la ejecución de las grandes maniobras sirvió, sin duda, de valla para no hacerlas; el de ejercicios de orientación quizá dió por resultado el desorientarnos por completo; y así se podrían presentar á montones los ejemplos de reglamentos *virtuales* (como dicen los mecánicos) esto es reglamentos que pudieron haber dado algún fruto, pero que se han limitado á una buena intención.

Los únicos reglamentos que arraigan y prosperan son los *reglamentos recetas*; es decir, los que fijan el número de casillas de un documento ó la clase de hilo que deberá emplearse para coser una sumaria. Los que reglamentan lo que tanto da que sea blanco como negro, esos se observan y cumplen; los que señalan nuevos caminos á la instrucción y al conocimiento de la profesión, esos se archivan.

Y así no se logra dar un paso en firme hacia adelante. Se publica un nuevo

reglamento táctico, y desde luego se adoptan—y desdichado el que no lo hiciera—las modificaciones en el modo de hacer *de á cuatro derecha*; pero, en cambio, las observaciones relativas á los combates, que son fundamentales, se dejan para mejor ocasión; de suerte que lo mismo da que el reglamento los ponga de un modo que de otro: de todas maneras parecen escritos en griego.

Resulta evidente que los reglamentos militares *de verdad*, los que se dirigen á la preparación para la guerra, no suelen observarse como es debido. No sabemos si son malos porque no se observan y corrigen ó si no se observan porque son malos. El fin es siempre el mismo, y este fin es la inutilidad del reglamento.

Indudablemente, el medio de que un reglamento sea bueno consiste en ensayarlo antes de publicarlo. No hace mucho, el czar encomendó al ilustre general ruso Dragomiroff la redacción de un reglamento de campaña. Está ya el trabajo terminado, y el mismo emperador ha ordenado que las tropas de la circunscripción á cuyo frente está Dragomiroff ensayen el reglamento y den su opinión sobre él.

Aquí solemos hacer algo... parecido. Sale el reglamento en las publicaciones oficiales, y desde aquel momento es obligatorio para todos..., pero sólo con carácter provisional. Al cabo de dos ó tres años se piden informes razonados y con las tres ó cuatro toneladas de papel que representan tales informes ya no hay quien se atreva á tocar al reglamento, el cual encanece en el servicio sin que nadie le quite el apodo de *provisional*, que en este caso es sinónimo de *eterno*.

Y no son éstas las solas gracias de los reglamentos: el que tiene la obligación de manosearlos se encuentra á cada paso con que sus artículos se contradicen entre sí ó con los de otro reglamento tan firme como el primero. Parece, á primera vista, que la fecha, ú otro dato, fijará el valor del precepto; pero en la práctica no resulta así, sino que hay que atenerse á las consecuencias de esas espinas reglamentarias, las que, si no matan, pinchan y molestan.

De desear sería que se dictara todavía un reglamento más: uno que anulara las noventa y nueve centésimas partes de nuestra compleja legislación. Aún tenemos que éste sería de los no observados, por la afición que sin duda tenemos al género.

*
* *

En el mes de abril último se ha realizado en Italia un hecho que, insignificante al parecer, sirve muy bien para hacerse cargo de los sentimientos que reinan en el estado trasalpino. La antigua bandera del cuerpo de artillería, depositada desde el año 1850 en la Real Armería de Turín, ha sido devuelta á esta arma, quedando en poder del inspector general de la misma; y al propio tiempo se ha entregado al cuerpo de ingenieros una bandera nacional, por haber carecido hasta ahora de esta gloriosa enseña. La *Revista de Artiglièria è Genio* ha publicado preciosas vistas que representan tan solemnes actos, y también ha transcrito las órdenes, discursos y telegramas que se han dictado, pronunciado ó expedido con ese motivo.

Todas las frases de esas órdenes, oraciones y despachos rebosan fe, entusiasmo, amor á la patria, adhesión al rey, jefe supremo del ejército, y á los príncipes de la familia real. El duque de Aosta (Manuel Filiberto de Saboya,

nombre que recuerda el de un caudillo ilustre, que proporcionó días de gloria á España) ha tomado parte principal en esta fiesta militar, que de lejos contemplamos y envidiamos.

Envidiamos, sí; porque vemos *espíritu militar* detrás de todo ello. Ese culto á la bandera, esa compenetración de ideas y de sentimientos del rey y el ejército es lo que da vigor y cohesión á la patria, es la fuerza coercitiva que une elementos que de otro modo están siempre dispuestos á fatal disgregación. El ejército hay que comprenderlo así ó hay que suprimirlo. Como colección de funcionarios públicos con más ó menos galones, no puede dar fruto alguno. Por esto urge, en nuestro país, la tarea de realzar en el ejército todos los factores morales, aun á costa de cualquier elemento material.

* * *

Por eso lamentamos que con frecuencia se atribuyan á deficiencias del presupuesto los defectos de nuestra máquina militar, porque de aquel modo se echan sobre los hacendistas responsabilidades que nos son propias y que no debemos rehuir, sino hacer desaparecer.

Parece que, en tiempo de paz, lo mismo da que el ejército esté un poco mejor ó peor; pero la experiencia enseña que no es así. En el concierto internacional, nosotros no pesamos hoy nada porque no tenemos, ni podemos tener, marina, y porque no tenemos, aunque podríamos tener, ejército. Bastaría que, por un esfuerzo grande, pero no imposible, surgiese el ejército potente, para que España ejerciese influjo marcado en el baile de las naciones y para que la integridad de nuestro territorio no estuviese á merced de discusiones y litigios. Pena da, después de los grandes desastres con que cerramos el siglo anterior, que no nos sintamos con alientos para sacudir el letargo, en vez de aguardar perezosamente el resultado de los debates de las cámaras extranjeras sobre lo que querrán hacer de nosotros. La época de los bravatas ha debido ya pasar del todo: pero no para sustituirla por la de los pesimismos, sino por la del valor sereno y sin arrogancias, por la energía bien dirigida de que, entre otros, nos han dado ejemplo Prusia y el Japón.

NIEMAND.

25 de junio de 1901.

LA CAMPAÑA DE NAPOLEÓN EN ITALIA

Á NUESTRO LECTORES.

El coronel conde Yorck de Wartemburg, distinguido escritor militar, ha publicado en Alemania una obra notable con el título de *Napoleón jefe del ejército*, en la cual se relatan con severa imparcialidad y excelente criterio las campañas del gran capitán del siglo último. Dicha obra, que ha causado verdadera sensación entre la gente de armas, merece ser conocida de los lectores de la REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR; y, á este efecto, traducimos de ella la descrip-

ción de la campaña de Italia (que empezó en 27 de marzo de 1796 y terminó en igual fecha del año siguiente), tanto por juzgarla superior á las demás que narra con sobrio estilo el conde Yorck, cuanto porque en ella sobresalió el genio colosal de Bonaparte, el genio de aquel general que en los albores de su vida supo encadenar la victoria á la punta de su espada y atraer sobre sí la admiración del mundo. Léanse, pues, con detención los cuatro capítulos siguientes, en los que el autor reseña campaña tan admirable.

PRINCIPIOS DE LA CAMPAÑA DE ITALIA

Napoleón fué llamado al mando del ejército de Italia en 2 de marzo de 1796, cuando contaba 26 años de edad; contrajo matrimonio, con Josefina, el día 9; partió para Italia el 11; y el 27 tomó el mando del ejército y dirigió á éste su famosa alocución en los términos siguientes:

«Cuartel general de Niza, 7 de germinal, año IV.

Soldados: Os halláis desnudos y mal alimentados: el gobierno os debe mucho y no puede daros nada: vuestra paciencia y vuestro ánimo, en medio de estas abruptas rocas, son admirables; pero ninguna gloria os producen; ningún brillo reflejan en vosotros. Voy á conducirlos á las llanuras más fértiles del mundo: grandes ciudades y ricas provincias caerán en poder nuestro y en ellas encontraréis honores, gloria y riquezas. Soldados de Italia: ¿os faltará, acaso, valor y constancia?»

Hijo de la revolución, comenzó su carrera sin reconocer otra autoridad que la fuerza y el éxito; carácter voluntarioso y duro que el decurso de la vida no había flexibilizado; naturaleza nerviosa é irritable hasta el extremo; y, unido á esto, un espíritu orientado siempre hacia los grandes hechos y las grandes líneas, sin que los pequeños detalles lo desviaran de su objetivo, y una voluntad que no se torcía ante nada ni ante nadie, voluntad que, por ser de hierro precisamente y por no reconocer jamás obstáculos invencibles, se convirtió en sugestión absoluta; y como bajo el imperio de tal voluntad flotaba el espíritu de todo lo grandioso, aquélla fué borrando uno á uno los límites y acabó, poco á poco, por acariciar monstruosidades. La naturaleza de Napoleón no soportó contrariedad alguna ni en los grandes ni en los pequeños accidentes de la vida: cuando se vestía, desgarraba y arrojaba lejos de sí todo aquello que pudiera causarle la menor molestia: en política, no cedía nunca á los sabios consejos de Talleyrand y daba rienda libre á su carácter impetuoso; en una palabra: todo el mundo debía plegarse á su voluntad inmediatamente y en toda ocasión; era tiránico sin que pareciese nacido para autócrata; ni los hombres, ni las cosas, ni las circunstancias... ni siquiera su propia razón debían imponerle contrariedad alguna; su ormidable fuerza impulsiva le permitió someter á hombres y cosas y dominar las situaciones; mas por no haberse querido dominar nunca á sí mismo ni haberle querido poner freno á su ambición, vió desvanecerse en la nada sus colosales éxitos.

Nada de imponente tenía su exterior: delgado de cuerpo, con rasgos fisonómicos que llegaban hasta la fealdad; de paso vacilante y porte descuidado, su persona producía una impresión poco favorable y en modo ninguno revelaba

grandeza; pero bajo apariencia tan débil se ocultaba una naturaleza fuerte y nerviosa: aquel rostro pálido, coronado de espaciosa frente, se hallaba iluminado por el fuego de grandes ojos, de un azul gris, reveladores del genio; todo cedía á la mirada de Napoleón, como todo obedecía las órdenes que sus labios pálidos y finos dejaban escapar.

Veamos ahora en qué situación se hallaban las tropas cuando Napoleón se puso al frente de ellas. El ala derecha del grueso del ejército lo constituía la división Garnier, la que, teniendo su centro en el collado de Fenestre, se extendía por la izquierda hasta Isola. Seguía luego la división Macquart, establecida á lo largo del camino Sospel-Tende, hasta el collado de Tende: estas dos divisiones establecían el contacto con el ejército de los Alpes y no debían tomar parte en las primeras operaciones ofensivas. Seguía luego la división Serurier, sobre el camino Pieve-Ormea-Garessio, teniendo á su retaguardia y algo hacia la derecha hasta apoyarse en el mar por Laigueglia, la división Augereau. Las divisiones de vanguardia Laharpe y Meynier, á las órdenes de Massena, cubrían la costa desde Voltri hasta enlazar con la división Augereau, resultando un acantonamiento bastante extenso. La caballería, no utilizable en aquella región, sumaba 2.500 hombres y Napoleón la fraccionó en dos divisiones, bajo el mando del general Stengel, las que mantuvo á retaguardia sobre el camino de la Corniche, detrás de la infantería: la una en Loano, y la otra más á retaguardia aún.

Las fuerzas enemigas eran: el ejército piamontés, mandado por Colli, que ocupaba los valles del Tanaro y del alto Bormida; y el ejército austriaco, que tenía sus puestos avanzados en el Apenino septentrional y el grueso de sus fuerzas pronto á reunirse en la llanura de Alexandria. Su jefe, el general Beaulieu, que tenía entonces 71 años, ejercía el mando nominal de las fuerzas austriacas y piamontesas.

Bonaparte se decidió inmediatamente por la ofensiva, y, al efecto, en 28 de marzo escribió: «Ciudadanos directores: vuestras intenciones se verán realizadas; avanzaré muy pronto.» (1) Pero antes era preciso arreglar ciertas cuestiones de administración y de organización para que su ofensiva no sufriese paralizaciones por las causas que con posterioridad, en 1870, tanto entorpecieron la marcha de Mac-Mahon sobre Mécières, operación cuya única esperanza de éxito estribaba en la rapidez de la ejecución. En el caso presente, también era la rapidez la llamada á justificar la audacia del pensamiento, y para ello empleó el general los primeros días en asegurar los suministros y en organizar los servicios de retaguardia. Es falsa la creencia de que Napoleón llevara á sus soldados siempre hacia adelante sin que le preocupase su racionamiento; antes al contrario, ésta fué para él una preocupación permanente, siquiera no obscureciese nunca la claridad de su golpe de vista ni influyera en la marcha ni en la dirección de las operaciones, pues en lo referente á sus grandes operaciones estratégicas permaneció siempre fiel á aquella regla que dice: «En la dirección de nuestros ejércitos debemós atenernos al principio de que la guerra debe sostenerse con la guerra.» (2)

(1) Cuartel general de Niza.

(2) *Memoria sobre el ejército en Italia*, primeros días de thermidor.

Tan bien empleó el tiempo en los primeros días de su llegada, que inmediatamente pudo escribirle á Carnot diciéndole: «El forraje está asegurado para un mes; los puntos de etapa están ya provistos» (1); así es que desde entonces pudo dedicarse á concentrar su ejército sobre la derecha, segundo cometido antes de iniciar las operaciones y á propósito del cual dijo el mismo: «El pasar del orden defensivo al orden ofensivo es una de las operaciones más delicadas» (2). Su plan era, á grandes rasgos, ó, mejor dicho, en sus principales líneas, el que había trazado en su *Memoria* de 1795: atacar el centro de los aliados, quienes, una vez desunidos y en razón de la divergencia de sus intereses, habrían de retirarse en direcciones divergentes; imponer rápidamente la paz á los piemonteses y revolverse luego contra los austriacos. En cuanto al punto más favorable para romper el centro de la línea enemiga, reconoció que lo constituía la depresión que separa los Alpes de los Apeninos, cuya altura es menos elevada y que señala el camino Savone-Cadibóne-Altare-Carcare.

Tenía entonces de jefe de Estado Mayor al general Berthier, de 43 años de edad, el mismo que después de conservar aquel puesto durante todas las campañas del emperador debía abandonarlo vilmente cuando empezó á declinar la estrella del gran capitán, del jefe que tanto contribuyó á inmortalizar su nombre y que le colmó, más que á nadie, de honores y de riquezas. En sus *Memorias de Santa Elena*, Napoleón le trata desdeñosamente de ganso, de quien había querido hacer una especie de águila; y cuanto sus compañeros de armas han dejado escrito con referencia al mismo confirma lo que su corto mando de 1809 reveló al mundo, esto es: que aquel hombre, capaz de un trabajo ilimitado, infatigable en campaña como en el bufete, experto en todos los detalles del mecanismo de un ejército, era absolutamente incapaz de comprender los grandes pensamientos que transmitía al ejército, de la misma manera que el martinete, movido por el impulso del vapor, aplasta las materias más resistentes y las muela á gusto del mecánico que lo dirige, pero sin que dicha fuerza, sin tal impulso, deje de ser tan sólo una masa inerte: tal fué Berthier en manos de Napoleón y bajo el impulso de su genio; abandonado á sí mismo, cayó en la nada.

Mientras que las divisiones se concentraban parcialmente y en tanto que, obedeciendo órdenes del general en jefe, acudían tropas de retaguardia para ocupar Niza, Albenga y Savona para asegurar la retirada del ejército, Napoleón dejó aquella ciudad el 2 de abril con su cuartel general y avanzó por jornadas por el camino de la costa; pero su adversario no permaneció inactivo: la presencia de destacamentos franceses en Voltri había despertado las inquietudes de Beaulieu respecto á Génova, y de ahí que los movimientos de los austriacos, empezados en 31 de marzo, indicaran á Napoleón que había fracasado su proyecto de sorprender al enemigo en sus cuarteles de invierno; al propio tiempo Colli concentraba sus tropas, acantonándolas en derredor de Ceva y Mondovi. Napoleón calculó en aquel momento que los piemonteses formaban 45.000 hombres (3), cálculo exagerado; que los austriacos tenían 37.000, lo cual era

(1) Niza, 28 de marzo.

(2) *Memorias (campaña de Italia)* T. I, p. 101

(3) Cuartel general de Albenga 6 de abril.

exacto; y sus fuerzas propias en 45.000 hombres. Al dar principio las verdaderas operaciones, podemos fijar con cierta exactitud las fuerzas de los combatientes en esta forma: Colli con 25.000 hombres; Beaulieu con 35.000, y Napoleón con 37.000; pero los aliados eran muy superiores á los franceses en artillería, pues éstos tenían muy pocos cañones.

El 9 de abril inicia Beaulieu la campaña lanzando sobre Voltri su ala izquierda, fuerte de 7.000 hombres, mientras que en el centro Argenteau, que dispone de 9.000 no compactos, avanza sobre Sassello, y que Colli permanece en Ceva. Napoleón, que anhelaba unirse á la división Séruriere, sorprendido por aquel movimiento, se traslada apresuradamente a Savona, frente al teatro de los sucesos. A la mañana siguiente, 10, Beaulieu despliega sus fuerzas contra la brigada Cervoni, estacionada en Voltri, y la obliga, ya de noche, á replegarse sobre el resto de su división, mandada por Laharpe, á la cual se incorpora el día 11 en Madonna di Savona. El mismo día, Argenteau rechaza los puestos avanzados de los franceses más allá de Montenotte, hasta que es detenido por los fuegos de un reducto construído sobre el Monte Negino: reducto que, defendido por el bravo coronel Rampon, no pudo tomar.

Estos hechos revelaron á Napoleón que el enemigo avanzaba hacia el oeste; en cuanto á la distribución de sus fuerzas, la ignoraba, como es natural; pero sabía dos cosas: la primera, que las columnas lanzadas sobre Voltri y Savona, separadas una de la otra por la montaña, estaban imposibilitadas de sostenerse mutuamente de una manera inmediata; y la segunda, que contaba con fuerzas suficientes para batir á cualquiera de estas dos columnas si conseguía reunir contra ella la mayor parte de sus tropas. En su consecuencia, decídese por llevar inmediatamente el ataque hacia Montenotte, pues batida que fuese la columna de Argenteau se encontraría dueño de la línea intermedia entre Colli y Beaulieu, separados éstos por la región montañosa é impracticable extendida, en un espacio de 60 kilómetros, entre Ceva y Voltri, y en condiciones de arrojarse contra uno de los adversarios antes de que el otro pudiese acudir en su apoyo.

Trazado su plan, comunicó el 11 á mediodía las convenientes órdenes (1), en virtud de las cuales Augereau, con 6.000 hombres, se debería trasladar á Mallare, pernoctar allí y seguir el 12, á las cinco de la mañana, hasta Cairo, en donde recibiría nuevas instrucciones, destruyendo en su marcha cuanto á ella se le opusiera. Massena, después de reconcentrar sus fuerzas (9.000 hombres), avanzaría por el camino real hasta más allá de Altare. Laharpe, con 7.000 hombres, iría al amanecer á reforzar, en Monte Negino, las tropas aquí acantonadas. Séruriere, enterado del plan de ataque, haría una demostración contra Colli. En resumen: desde el punto de vista táctico, un movimiento envolvente contra la columna austriaca, que había rebasado Montenotte; y desde el punto de vista estratégico, la ruptura de la línea enemiga por su centro.

Napoleón salió de Albenga á la una de la madrugada y siguió con la columna de Massena: el éxito respondió al mérito de la concepción. Argenteau, que no había reunido más que 3.000 hombres para tomar la ofensiva, fué atacado de frente por Laharpe y cercado por Massena, que llegó por Montenotte inferior:

(1) Cuartel general de Albenga.

sus tropas fueron completamente derrotadas y sufrieron pérdidas muy serias. Augereau no pudo concurrir á aquel hecho, obligado por los movimientos de Colli sobre el valle del Bormida á observar á los piemonteses y á hacer frente al peligro que amenazaba por aquella parte el ala izquierda francesa en su movimiento ofensivo; se replegó, pues, á Montefreddo desde Cairo.

Napoleón, apenas obtenido este éxito, pensó en los piemonteses, y como éstos se hallaban á la mano, decidió atacarles. Augereau y la mayor parte de las fuerzas de Massena, en todo unos 10.000 hombres, debían ir á situarse en Montezzemolo, pasando por Millesimo y Castelnuovo, mientras que Sérurier se dirigiría á Ceva tratando de envolver de este modo con su ala izquierda la derecha del enemigo, al mismo tiempo que el ala derecha cooperaba al ataque de Montezzemolo. El propio Massena, con el resto de su división y la de Laharpe, avanzaría contra los austriacos sobre Dego y protegería por aquel lado la ofensiva contra los piemonteses.

En cumplimiento de estas órdenes, Augereau ataca el 13 por la mañana el ala izquierda de los piemonteses en Millesimo: el general Provera, al encontrarse en presencia de un enemigo superior, se ampara del ruinoso castillo de Cosseria y consigue mantener todo el día aquella posición; pero á la mañana siguiente, falto de agua y de municiones, tuvo que rendirse á Augereau. Seguro Napoleón por aquel lado, decide tomar á Dego, á donde acababa de llegar un destacamento austriaco, con el fin de asegurar así su flanco derecho en sus operaciones ulteriores contra los piemonteses, y, á este efecto, Massena y Laharpe, llegados la víspera en frente de la posición, pronuncian por la derecha un movimiento envolvente, en tanto que Napoleón hace operar por la izquierda una media brigada, empeñada hasta entonces en Cosseria, y á la una de aquella tarde comienza el ataque de la posición, defendida únicamente por 4.000 hombres.

Beaulieu, vuelto apresuradamente á Acqui á la primera noticia que tuvo de haber tomado Napoleón la ofensiva contra Argenteau, hállase ocupado aún en reconcentrar su ejército en aquel punto. Para cubrir aquel movimiento había lanzado sobre Dego el fuerte destacamento de que hemos hecho mención; pero envuelto éste por un enemigo superior, es aniquilado y cae casi por entero en manos del enemigo con toda su artillería, consistente en diez y ocho cañones.

La separación de Colli y de Beaulieu era un hecho el día 14 por la noche, y Napoleón, que había regresado á Carcare, decide dirigir todos sus esfuerzos contra los piemonteses para obligarles á pedir la paz. En consecuencia de tal decisión, ordena á Massena, á las diez de la noche, que reuna todas sus tropas en Dego y que permanezca allí; al resto del ejército, que á las ocho de la mañana siguiese marche sobre Montezzemolo, y á la caballería, hasta entonces inactiva en sus antiguos acantonamientos, que vaya á Carcare.

Pero al amanecer del 15 una columna austriaca de 3.000 hombres llega frente á Dego y se apodera de la población, á las once de la mañana, por no haber adoptado los franceses las precauciones y medidas de seguridad propias en tales casos; aquella columna se componía de cinco batallones procedentes de Sassello que hubieran debido concurrir al combate de la víspera. Sorprendidos los franceses, se retiran en desorden; pero al aviso de Massena pidiendo refuerzos acude al punto Napoleón, quien, informado antes de que la acción comenzara de que Beaulieu intentaba marchar sobre Dego, dió contraorden á la división Laharpe

haciendo que se detuviese en Rochetta. A eso de las dos de la tarde volvieron á tomar los franceses la ofensiva, poniendo á los austriacos en desorden y rechazándolos sobre Spigno con pérdidas enormes. En la izquierda, en el valle del Tanaro, Sérurier llega á la vista de Ceva mientras que Augereau, llevando en huída á los piemonteses delante de sí, llega á Montezzemolo y se pone en contacto con Sérurier.

Como consecuencia de estas operaciones, Napoleón consigue infligir á los austriacos un nuevo descalabro, asegurarse doblemente por aquel lado y poner en contacto su izquierda con el enemigo, haciendo que éste se detenga en tanto que, saliendo él de Dego, procura envolverlo. Los austriacos sufrieron una pérdida total de 10.000 hombres y una depresión moral de tal naturaleza, que Beaulieu, convencido de la superioridad de los franceses, no piensa más que en reunir sus tropas en Acqui y en cubrir el acceso a Lombardía.

El 15, más bien que el 14 en la noche, sonríe á Napoleón la perspectiva de obligar á los piemonteses á pedir la paz. La persecución de los austriacos á nada conducía, porque, fuera ya de su contacto, si tomaban el partido de evitar un encuentro sería dar un golpe en vago el intentar alcanzarlo: Colli podría efectuar su retirada sobre Turín y cubrir así la capital poniendo en seguridad su ejército, en cual caso no podría imponer ya la paz al Piemonte, poner fuera de combate á uno de los adversarios y adquirir así la superioridad del número. Todo su plan descansaba, pues, en esto: después de haber separado las tropas aliadas, obligar inmediatamente á los piemonteses á pedir la paz, asegurando una buena base para sus operaciones futuras y no tener que habérselas más que con un adversario. En los anales militares se encuentran muchos ejemplos de generales que se han dejado arrastrar por éxitos tácticos y han querido aprovecharse de todas sus ventajas, sin tener en cuenta el plan general de las operaciones; pero Napoleón, en aquel momento decisivo, conservó la serenidad de su juicio; no perdió de vista su objetivo principal y, obrando lógicamente, avanzó contra los piemonteses.

Sin vacilación empieza por dirigir la división Laharpe sobre Sassello y hace que la sostenga ó apoye Massena, siéndonos imposible comprender bien el objetivo que se proponía. Debemos consignar que sobre los comienzos de la campaña de 1796, la correspondencia de Napoleón está llena de lagunas y es probable que muchas cosas fueran tratadas de viva voz, por cuanto Napoleón se imponía las fatigas más rudas para estar en todas partes é intervenir todo personalmente, «Mi vida—escribía al Directorio—es aquí inconcebible: llego fatigado y me es necesario velar toda la noche para asuntos de administración, y personarme en todas partes para restablecer el orden en las cosas» (1). Augereau atacó el 16 de abril la posición atrincherada de Ceva, de la que se hizo dueño por la tarde: los piemonteses se replegaron á Lesegno sobre el camino de Mondovi. El 17 vemos á Laharpe llamado á Dego, á Massena y Sérurier avanzar sobre Ceva y al último ocupar este punto por la noche. Al día siguiente toda la caballería queda á las órdenes de Sérurier y Napoleón traslada su cuartel general á Saliceto. El 19 es atacado Colli, Sérurier se dirige por la izquierda hacia San Miguel para envolver la población y cortar el camino de Mondovi; Augereau debe envolverlo por Castellino á la derecha, y Massena atacarle de frente por Ceva. Colli trata de replegarse por Mondovi, y al encontrarse con Sérurier,

(1) Carru, 24 abril.

que le cierra el paso, le ataca y obtiene sobre él ventajas que no son decisivas. Napoleón se traslada á Ceva; avanza por la noche hasta Lesegno, donde establece su cuartel general, y á la una de la madrugada da órdenes para verificar un ataque general contra Colli y toma ulteriores disposiciones durante el día tan pronto como conoce las verdaderas posiciones del enemigo. Siguiendo sus órdenes, Massena debe marchar sobre Lesegno con parte de las tropas de Augereau, puestas bajo su mando; el resto de aquéllas tomará posiciones: parte en Castellino, para amenazar el flanco izquierdo del enemigo, y parte en Mombarcaro, para observar el valle del Bormida, por el que podían llegar los austriacos; desde luego, y para mayor seguridad, Laharpe es llamado igualmente á Mombarcaro para sostener la posición fortificada de Ceva, sin dejar más que una brigada en Cairo formando la retaguardia.

El 21, á las dos de la madrugada, pasa Massena el Tanaro y marcha sobre Lesegno. Durante la mañana recibe Sérurier orden de atravesar el Cursaglia por el puente de Torre y de caer sobre el flanco derecho del enemigo, en posición á retaguardia del río, y después la de avanzar hasta Mondovi. Sérurier no consigue alcanzar más que un destacamento de la retaguardia posesionada de Vico, al que derrota completamente. Aquella misma tarde entra Napoleón en Mondovi, pero después se vuelve á Lesegno. El 22 mantiene su ejército inmovilizado sobre la línea de posiciones Mondovi-Niella-Castellino, inmovilización indispensable seguramente para restablecer las unidades tácticas y porque Napoleón no estaba bien seguro de que Colli no tomaría la ofensiva; pero el 23 hizo avanzar á Sérurier sobre Fossano y á Massena sobre Cherasco, ambos al otro lado del Pesio; Augereau llegó á Dogliani y Laharpe debía seguir el 24 hasta Niella.

Napoleón dirigió al ejército, desde Lesegno, una orden con objeto de evitar los numerosos hurtos y reprimir el pillaje.

Napoleón, como todos los grandes capitanes, explotó en último extremo y en favor de su ejército los recursos del territorio enemigo, pero creyó siempre que era preciso prohibir el pillaje, cáncer roedor de la disciplina. Por lo demás, él mismo ha dicho: «He meditado mucho sobre esto; se me han presentado muchas ocasiones de gratificar á mis soldados, y lo hubiera hecho si en ello hubiera encontrado ventajas; pero he creído que no hay nada más conducente que eso á desorganizar y perder en el instante un ejército» (1). Consecuente con esta convicción, escribía al Directorio dando suelta á su cólera: «Yo estableceré la disciplina ó dejaré de mandar á estos tunantes» (2). El pillaje repugnaba á su naturaleza. «Los grandes hombres no son jamás crueles sin necesidad» (3), ha dicho él mismo, muy justamente, y si se mostraba inexorable cuando tropezaba con una resistencia ó cuando su política lo exigía, nunca fué cruel en el fondo. En Pavía hizo cesar el pillaje á las tres horas, apiadado de sus habitantes. En su viaje á Egipto, cada vez que caía un hombre al mar, no tenía punto de reposo hasta que lo veía salvado. Cuantos le trataron de cerca han sido unánimes en reconocer que no carecía de cierta bondad para con los individuos mientras que esta bondad no le perjudicara ó que no estuviese encolerizado. Un testigo verdaderamente imparcial, el general Foy, dice de él: «No confundamos un des-

(1) *Memorias de Santa Elena*, t. IV, pág. 392.

(2) Carru, 24 de abril.

(3) *Memorias de Madame de Remusat*, t. I pág. 280.

potismo, cuyo enojo se detenía en los límites de lo que él creía su interés, con una tiranía apasionada, ciega, sanguinaria. Napoleón no nació perverso: se le vió siempre lleno de indulgencia para los suyos y no supo aborrecer por mucho tiempo ni de un modo rencoroso, ni aun á sus propios enemigos.» (1)

(Continuará.)

AVANCE Y FUEGO DE LA INFANTERIA EN EL COMBATE

(Continuación.)

Resumiendo: las tres consideraciones que guiaron constantemente nuestro estudio fueron:

1.^a *La relativa á la amplitud vulnerable del blanco:* la superioridad de la formación en línea de filas sobre la formación en guerrilla, tanto bajo el fuego de fusilería cuanto frente á la acción de la artillería; advirtiendo que los intervalos entre las filas deben ser tales, que, á las múltiples distancias, el haz de disparos apuntados ó el cono de dispersión de los shrapnels dirigidos sobre una de las filas ofendan lo menos posible á las filas colaterales;

2.^a *La referente á los fuegos de la infantería:* la conveniencia de adoptar una sola especie de fuego individual de guerra, variable en intensidad según la destreza del tirador y susceptible de dar el mayor rendimiento útil en un período de tiempo determinado, con el consumo mínimo de municiones;

3.^a *La que se refiere á la dirección y conducta del fuego:* la conveniencia de basarlas en el concepto de llevar á la línea de fuego el *mínimo número de hombres*, de conseguir de ellos que cada uno emplee la propia arma de modo que obtenga la *mayor eficacia*, y la de continuar los dos elementos de manera que se consiga el efecto deseado de las condiciones tácticas del momento.

CAPÍTULO II

LA DESTREZA DE LOS TIRADORES Y LA FORMACIÓN NORMAL DE LA COMPAÑÍA.

Destreza media del tiro en las fracciones de infantería.— División de la compañía en secciones y escuadras, basada en la destreza en el tiro.

Conocidas las consideraciones anteriores, vamos á exponer el resultado obtenido por nosotros de los estudios encaminados á determinar una formación de combate que permitiera cumplir con todas las condiciones antes mencionadas. Creemos haberla hallado sin que para su aplicación haya que alterar la actual división de la compañía en 4 secciones y 16 escuadras.

Únicamente sería necesario constituir las cuatro escuadras de cada sección tomando por base el criterio de reunir en la misma escuadra *los tiradores de igual destreza aproximada*, con lo que se conseguiría tener, en cada sección, una escuadra formada con los mejores tiradores, otra con tiradores bastante diestros y las otras dos con tiradores medianos y malos, respectivamente.

De los resultados obtenidos *en el primer tiro de clasificación*, efectuado, con arreglo á cuanto dispone la Instrucción de 23 de abril de 1894, por todas las compañías de ocho regimientos de infantería y de uno de *bersaglieri*, se desprende que por cada 100 tiradores, por término medio, se hicieron:

(1) *Historia de la guerra de la Península*, t. I, pág. 28.

LECCIONES	Malos	Regulares	Medianos	Buenos	Muy buenos	Esceletes
2. ^a						
Tiro individual, 6 disparos, rodilla en tierra, blanco confuso...	20,20	18,00	20,80	18,16	11,60	11,24
Disparos útiles.....	0	1	2	3	4	5 ó 6
3. ^a						
Tiro rápido en 60 ^s , rodilla en tierra, bayoneta armada, número de disparos ilimitado.....	9,23	14,57	18,15	27,60	17,14	13,31
Disparos útiles.....	0 ó 1	2 ó 3	4 ó 5	6, 7 ú 8	9 ó 10	más de 10
4. ^a						
Posición á voluntad del tirador, 6 disparos. Tiro individual ordinario.....	6,55	7,50	11,45	16,80	23,25	34,45
Disparos útiles.....	0 ó 1	2	3	4	5	6
5. ^a						
Tendido. Tiro rápido en 30 ^s , núm. de disparos ilimitado. Bayoneta armada.....	19,47	19,17	20,75	17,25	12,13	11,23
Disparos útiles.....	0 ó 1	2	3	4	5	más de 5
Término medio.....	13,8625	14,81	17,7875	19,9525	16,03	17,5575

de donde resulta que en una compañía de 182 tiradores se podía contar, por término medio y con bastante aproximación, con:

Tiradores excelentes.....	32
— muy buenos.....	29
— buenos.....	36
— medianos.....	32
— regulares.....	27
— malos.....	26
Total.....	182

Naturalmente que estas proporciones varían algo, no sólo de una compañía á otra, sino aun entre las secciones de una misma compañía. Es raro el caso en que todas las secciones tengan la misma proporción de excelentes, buenos, medianos y regulares; pero en cada sección podrá siempre formarse, como antes hemos indicado, una escuadra con cada una de estas categorías.

La formación *única* de combate de una compañía, que suponemos compuesta como hemos dicho en el modelo 26 del tomo primero de organización (edición de 1892), debería ser la siguiente:

Frente al enemigo.

Número de orden de las escuadras de la compañía.

6 8 7 5 14 16 15 13 10 12 11 9 2 4 3 1

Número de orden de las escuadras de la sección, deducido de la destreza en el tiro.

2. ^a	4. ^a	3. ^a	1. ^a	2. ^a	4. ^a	3. ^a	1. ^a	2. ^a	4. ^a	3. ^a	1. ^a	2. ^a	4. ^a	3. ^a	1. ^a
C	C	C	C	C	C	C	C	C	C	C	C	C	C	C	C
B	r	b	E	B	r	M	E	B	r	M	E	B	M	b	E
B	r	b	E	b	m	M	E	B	r	M	E	B	r	b	E
B	r	b	E	b	m	M	E	B	r	M	E	B	r	b	E
B	r	M	E	b	m	M	E	b	m	M	E	B	r	b	E
B	r	M	E	b	m	M	E	b	m	M	E	B	r	b	E
b	r	M	E	b	m	M	E	b	m	M	E	B	r	b	E
b	r	M	E	b	m	r	E	b	m	M	E	B	r	b	E
b	m	M	E	b	m	r	B	b	m	M	B	B	m	M	E
b	m	M	B	b	m	r	B	b	m	r	B	b	m	M	E
b	m	M	B	b	m	r	B	b	m	r	B	b	m	M	E
b	m	M	B	M	m	r	B	b	m	r	B	b	m	M	B
X	X	r	X	M	X	r	X	M	X	r	X	X	X	M	X
X	C	X	X	X	C	X	X	X	C	X	X	X	C	X	X
S	Z	C.M	S												
Z				Z				Z				Z			

Número de orden de las secciones, deducido de la destreza en el tiro.

2.^a 4.^a 3.^a 1.^a



Notaciones y distribución.

Furrieles ⌘ ... 1	Suma anterior... 68																		
Cabos mayores de contabilidad ... ⌘ ... 1	<table style="border: none;"> <tr> <td style="font-size: 2em;">}</td> <td style="padding-left: 10px;">Tiradores excelentes. E ... 32</td> <td rowspan="8" style="font-size: 3em; vertical-align: middle; padding-left: 10px;">}</td> <td rowspan="8" style="vertical-align: middle; padding-left: 10px;">182</td> </tr> <tr> <td style="font-size: 2em;">}</td> <td style="padding-left: 10px;">— muy buenos. B ... 29</td> </tr> <tr> <td style="font-size: 2em;">}</td> <td style="padding-left: 10px;">— buenos b ... 36</td> </tr> <tr> <td style="font-size: 2em;">}</td> <td style="padding-left: 10px;">— medianos .. M ... 32</td> </tr> <tr> <td style="font-size: 2em;">}</td> <td style="padding-left: 10px;">— regulares .. r ... 27</td> </tr> <tr> <td style="font-size: 2em;">}</td> <td style="padding-left: 10px;">— malos m ... 26</td> </tr> <tr> <td style="font-size: 2em;">}</td> <td></td> </tr> <tr> <td style="font-size: 2em;">}</td> <td></td> </tr> </table>	}	Tiradores excelentes. E ... 32	}	182	}	— muy buenos. B ... 29	}	— buenos b ... 36	}	— medianos .. M ... 32	}	— regulares .. r ... 27	}	— malos m ... 26	}		}	
}		Tiradores excelentes. E ... 32	}			182													
}		— muy buenos. B ... 29																	
}		— buenos b ... 36																	
}		— medianos .. M ... 32																	
}		— regulares .. r ... 27																	
}		— malos m ... 26																	
}																			
}																			
Sargentos S ... 8																			
Cabos mayores ... C.M ... 4																			
Cabos C ... 20																			
Zapadores Z ... 8																			
Portasacos de abastecimiento X ... 22																			
Cornetas ⌘ ... 4																			
Suma, que sigue... 68	Total de tropa... 250																		

Como se ve en el cuadro que antecede, el número de orden de las secciones es el que resulta de su destreza colectiva en el tiro; en él se ha tratado de representar una compañía compuesta (con excepción de los oficiales, clases y destinos especiales) de:

	<i>1.^a sección</i>	<i>2.^a sección</i>	<i>3.^a sección</i>	<i>4.^a sección</i>
32 excelentes tiradores (así distribuidos)	10	8	7	7
29 muy buenos	9	8	7	5
36 buenos	10	9	8	9
32 medianos	7	8	9	8
27 regulares	5	8	7	7
26 malos	4	4	8	10
182	45	45	46	46
	182			

La clasificación de las secciones, dentro de la compañía, sobre la base de su destreza colectiva estimularía una provechosa emulación entre las mismas.

En cada sección se asignan los individuos a las distintas escuadras teniendo sólo en cuenta su destreza en el tiro, resultando de aquí que: la 1.^a (la de la derecha) estará formada por los mejores tiradores de la sección (1); la 2.^a (la de la

(1) Los hombres que la componen deberían adornarse con un distintivo especial: por ejemplo, la *borla de aluminio sin brujir.*

izquierda), por los que sigan inmediatamente; la 3.^a (contigua á la 1.^a), por los medianos; y la 4.^a (contigua á la 2.^a), por los peores.

En cabeza de cada escuadra se establece un cabo, y á la cola el jefe de la misma: sargento, cabo mayor, ó cabo.

Las escuadras 1, 2, 5, 6, 9, 13, compuestas de los mejores tiradores (E, B, *b*, ó sea excelentes, muy buenos y buenos), DESTINADAS Á INICIAR EL FUEGO DE LA COMPAÑÍA Y Á MANTENERLO HASTA EL LÍMITE DE LAS DISTANCIAS MEDIAS, tendrían cada una dos portasacos de cartuchos (XX), que tomarían puesto en la cola de la escuadra respectiva, delante del jefe de ella (S, sargento). Las otras diez escuadras, DESTINADAS Á ENTRAR EN ACCIÓN CON EL FUEGO MUCHO DESPUÉS, tendrían un solo portasaco (X), que se colocaría también delante del comandante de la escuadra respectiva.

Los sargentos, los cabos mayores y dos cabos, se repartirían en el mando de cada escuadra como aparece en el cuadro. Los zapadores (Z) estarían distribuidos á razón de dos por sección y se colocarían detrás del comandante de las escuadras (4, 8, 12, 16) formadas por los peores tiradores, destinadas á entrar las últimas en la línea de fuego.

Esos zapadores tendrían la misión de recoger los cartuchos de los heridos y los muertos y llevarlos á los portasacos, y entrarían en acción con las escuadras dichas, trasladándose á la carrera á la cabeza de ellas en el momento en que se embebieran en la línea de fuego. Junto á los comandantes de las secciones extremas se establecerían dos cornetas, y los dos restantes, los más aptos para apreciar distancias, estarían, con el furriel y el cabo de contabilidad, á las inmediatas órdenes del capitán.

De este modo quedaría formada la compañía para el combate.

En tiempo de paz, la compañía—según su efectivo,—se compondría de dos ó de tres secciones; éstas, á su vez, de dos ó de tres escuadras, constituidas tomando tan sólo por base la destreza en el tiro.

Con sólo dos categorías de tiradores armados, se podrían tener dos secciones de dos escuadras cada una ($2 \times 2 \times 15 = 60$ hombres, sin contar los cornetas, zapadores, furriel y cabo de contabilidad). Con tres categorías, las secciones podrían ser dos, de tres escuadras cada una, ó también, tres de dos escuadras (unos 96 hombres). Con efectivos mayores, las secciones podrían ser: una de tres y dos de dos escuadras (unos 116 hombres), ó también dos de tres escuadras y una de dos (126 hombres); etc.

Con la compañía así formada, los movimientos en orden cerrado se reducirían á muy poca cosa, ya que la formación normal, como se ha indicado, se presta á cualquier movimiento. Téngase entendido que los movimientos elementales actuales *de á dos* y *de á cuatro* serían abolidos. Las secciones, aunque se girase á un flanco, quedarían siempre formadas con una escuadra por fila, pero con dos, tres ó cuatro de éstas, según el número de escuadras que las constituyesen.

La formación *en línea* se puede obtener girando, de un modo análogo á lo que previene el reglamento en su número 141, con la particularidad de que la escuadra formada por los mejores tiradores debería quedar siempre en primera fila. Pueden también obtenerse: la *columna* y la *línea de flanco* por medio de movimientos que se apartasen muy poco de los establecidos en los números 142 y

143. Aun para los desfiles, la compañía debería presentarse siempre en la formación normal de combate, con las secciones distanciadas ó en contacto.

El inconveniente, de simple apariencia, que resulta de tener mezclados en una misma escuadra ó fila hombres de desigual estatura (de 1,55 m á 1,80 y más) se eliminaría fácilmente adoptando el procedimiento—puesto en uso en infantería, y que ofrece muchas y no pequeñas ventajas—de asignar siempre a cada compañía hombres de estatura proximamente igual. Aun observando escrupulosamente las prescripciones reglamentarias relativas al reparto de los reclutas entre las compañías se puede conseguir, con facilidad suma, una diferencia mínima (dos ó tres centímetros á lo más) en la estatura de los hombres de una misma compañía.

*
* *

EJERCICIOS PREPARATORIOS PARA EL COMBATE.

Para formarse juicio exacto del modo cómo se efectuaría el avance, conviene, ante todo, examinar los movimientos individuales y pasar, después, de un modo gradual, á los de la escuadra, de la sección y de la compañía, indicando de paso las variantes que sería necesario introducir en el reglamento de ejercicios.

I.—INSTRUCCIÓN INDIVIDUAL.

Muy poco habría que modificar del texto de los números 73 al 76 del reglamento.

En cuanto al número 77, habría que establecer que todos los movimientos para cambiar de posición se hiciesen *á la carrera*. El recluta debería acostumbrarse á avanzar 40 ó 50 pasos á la carrera, escoger el punto de acecho, ó *parada*, adoptando en él la posición más conveniente para obtener la eficacia máxima del fuego, y disparar, con la rapidez propia normal, que será la que le permita su destreza en el tiro, el número de cargadores dispuesto por el instructor.—Terminado el fuego propio, el recluta debería cubrirse, del mejor modo posible, de los fuegos del adversario, y en el caso de no poder hacerlo tenderse completamente en tierra, á fin de ofrecer el menor blanco.—Un soldado, que hiciese las veces de portasaco abastecedor, entregaría entonces á los reclutas un número de cargadores igual al de los disparados, debiendo aquéllos estar amaestrados en alojar convenientemente en la cartuchera los cargadores recibidos, después de haber cargado de nuevo el fusil (1).

Ultimada esta operación, los reclutas deberían levantarse y avanzar á la carrera otros 50 pasos, tendiéndose de nuevo y por completo inmediatamente después.

Tales son los movimientos elementales que el recluta debe ejecutar con regularidad, precisión y con la mayor rapidez.

Traducido de la «Revista de Artillería e Genio» por

N. MARTÍNEZ Y ALOY,
Capitán de Infantería.

(Continuará.)

(1) En las fracciones armadas aún con el fusil mod. de 1870-87, los tiradores deberían también guarnecer los cargadores consumidos.